

Profesor Carlos Seura Salvo

## La obra cultural de Alejandro Vicuña <sup>(1)</sup>

(Conferencia dictada en la Universidad de Chile el 30 de noviembre del presente año)



En el clero secular de esta gran urbe hay un sacerdote vinculado con meritorios servidores del país y con altos prelados de la iglesia chilena. Auténticamente inteligente y de vasta cultura superior adquirida por el estudio y por sus frecuentes viajes por Europa y otros continentes. «Viajar por países de lenguas y razas extrañas, dice el autor de *El Señor de Ginebra*, ha sido practicado desde tiempos remotos para perfeccionar el espíritu y ampliar los horizontes. Hay muchas cosas que no se aprenden en los libros, ni se recogen de labios del maestro; pero las enseña la ola que azota el barco, la sombra de lejanos campanarios, el abandono y la tristeza de sentirse solo en tierras extrañas. Cuando se ha recorrido el mundo y se han visto de cerca la ignorancia, estupidez y maldad humanas, bajo todos los meridianos, se adquiere una especie de seguridad en sí mismo y la costumbre utilísima de dudar, compadecer, comprender». Miembro de la Arcadia de Roma, institución académica y científica a la que ingresan solamente los mejores valores de cada país. Lleva

---

(1) Conferencia leída en la Universidad de Chile el 30 de noviembre

largos años de actuación pública trascendente. En el diario, en la revista, en el reportaje, en la conferencia, en el púlpito y en el libro, su palabra siempre ha atraído. Se recuerdan no pocas veces los artículos de actualidades que publicaba en los años mozos de *La Nación*. Desde entonces acá, sólo es posible establecer paralelo por la agudeza de observaciones, por la originalidad y referencias eruditas con los artículos también de actualidades y que publica en el mismo diario el gran novelista y periodista Joaquín Edwards Bello. Sus conferencias han sido siempre sensacionales. Una de ellas, «Los problemas de la hora actual», ocupó en 1925 la atención pública y del Gobierno. De igual o mayor trascendencia fué también la conferencia sobre «Fascismo», que ocasionó gestiones diplomáticas e intervención de la Cámara de Diputados, porque la Embajada italiana negaba la visación del pasaporte del viaje a Roma, a donde el señor Vicuña iba con cargo diplomático.

En los días de la revolución del 32, fué nombrado Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos, cargo que exigía para desempeñarlo sólida cultura y hondo espíritu de trabajo. Fué a la Biblioteca con el propósito de acercar el libro a los reacios, haciendo nacer en ellos las ansias de una vida espiritual y regeneradora. Mientras los economistas se preocupan, dijo el señor Vicuña, a los representantes de la prensa en aquella oportunidad de una repartición equitativa de la riqueza, pregonando la socialización de los bienes materiales, yo pienso en la trascendencia de lo que podría llamarse la socialización de la cultura, fundamento sólido e insustituible del mejoramiento de la especie. Comentando un periodista el nombramiento del señor Vicuña como Director de la Biblioteca Nacional, decía: «El Gobierno observó que hacía falta en nuestro establecimiento cultural un poco de inquietud, porque no es necesario que las bibliotecas públicas tengan un aire letal de museo ni que sean un cementerio del pensamiento. Deben ser organismos vivos. No es posible que huelan a polvo y a pasado. Los

libros deben moverse, vibrar, ser activos, y no petrificarse en los anaqueles, en la inmovilidad definitiva de cadáveres en sus nichos. El espíritu renovador como un gran viento entró a la Biblioteca, envuelto en los hábitos de un hombre de iglesia. Cuando se le nombró Bibliotecario fué el puesto tras el hombre y no como en otras oportunidades corren desesperadamente los hombres tras los puestos. Las letras nacionales lo ungiéron escritor, y a esta consagración honrosa ha respondido con obras ya tan numerosas que bastarían para llenar la existencia de cualquier otro escritor. Estudioso habitual es una referencia más que puede agregarse a las ya indicadas y que completa, por decirlo así, el cartel de antecedentes del autor cuyas obras serán motivo de análisis en esta reunión.

Situémonos en Exequiel Fernández esquina San Gregorio. Una mansión de estampa centenaria, de fines del siglo XVIII, con un gran patio de entrada en donde hay una vegetación descuidada, holgazana y exuberante. Una escala de piedra, de barandas cubiertas con una tupida enredadera, lleva a unos corredores enladrillados los mismos en que hace 100 años se paseaba don José Miguel Infante, el federalista, y en ellos, se enfila ahora una multitud de mármoles antiguos y estatuas extraídas de escombros. Las piezas de ese caserón, que ha huído del cemento hecho rascacielo, son verdaderas salas-museos, pobladas de sarcófagos, momias, cinerarios, lámparas votivas y capiteles greco-romanos que han venido a parar a Ñuñoa. En esa Tebaida colonial, como la llamó Rodríguez Mendoza, en ese ambiente de arte pretérito que invita a evocaciones, como un recio contraste por su figura y mentalidad modernas, vive Alejandro Vicuña, el escritor nacional de mayor actividad intelectual del día.

En ese remanso de paz y de silencio vive entregado al estudio y a la redacción de sus obras, algunas de las cuales han sido traducidas a otros idiomas. Está entregado a la labor histórica, al estudio de personajes fundamentales. Los buscá lejos

de nuestra tierra. Hombres lejanos, en los cuales al pintarlos en su propio ambiente, siguiéndolos en la lucha que padecieron y soportaron, se venga un poco de la plana vida presente para él sin relieves.

\* \* \*

Entrando ya en materia, o sea, en la obra cultural del señor Vicuña, es preciso dividirla en dos etapas. En la primera entran las publicaciones anteriores a las biografías humanizadas, y en la segunda, estas últimas que datan desde el año 1933.

De las obras de la primera época, haremos solamente referencias generales, para detenernos en el análisis de las biografías humanizadas, objeto propio de este trabajo. La clasificación de las obras de la primera etapa demuestra que el señor Vicuña es un intelectual de actividad polifacética. Antes de sus biografías, su labor actuaba en el periodismo, problemas sociales, políticos, morales o religiosos del momento; la oratoria en el púlpito o en las salas de conferencias, en las reminiscencias de viajes frecuentes y bajo cielos diversos.

Vemos al periodista en «Política chilena», «Por la Justicia y la Paz» y en la serie de siluetas de sacerdotes, reportajes, artículos reunidos en el libro «De la Prensa Diaria». Aunque heterogéneas, las materias tienen una espina dorsal sola, fuerte y lumínica.

Orador lo acreditan los libros: «Apuntes para el púlpito» y «Ensayos de oratoria sagrada». Documentan su calidad de conferencista notable, los siguientes trabajos: «La Iglesia Chilena y el Patriotismo», «Pueblos Encadenados», títulos de tres conferencias políticas: «El origen de la nueva Constitución Chilena», «El Fascismo» y el «Sovietismo»; «Por la libertad y la República», «Separación de la Iglesia y del Estado» y conferencias religioso-científicas. Estas últimas son lecciones de divulgación científica para alumnos y ex alumnos del Liceo de Aplicación, de cuyo establecimiento fué profesor de Religión.

De las bellas artes ha cultivado la poesía, la poesía al estilo del autor de la Epístola Moral, de reflexiones graves y sentenciosas.

Tiene el problema crítico-histórico «Centenario», publicado en 1910; «Patria», y de especial mención, el ensayo escénico de tesis «Las Hormiguitas», obra que tuvo repercusión clamorosa en la sociedad. Es una obra de censura social. Critica la ostentación con que se hace en Chile la caridad. Cuadros de costumbres santiaguinas, tendiente a inculcar el amor al hogar y a consolidar el respeto y amor a los padres. El fundamento moral del drama está en la frase proverbial: luz de la calle, obscuridad de la casa.

De la búsqueda de renovación incesante de horizontes y paisajes, refiriéndose a los viajes, ha publicado «Entre Budistas y Brahmanes» y «Bajo cielo africano». No aparece en estos libros, como es corriente, el narrador informativo de viajes, sino el expositor de estados de ánimos con ricas sugerencias. A propósito de la publicación de uno de estos libros, el periodista y literato Hugo Silva, decía: «Es un hombre Vicuña que ha encontrado su placer en ignorar deliberadamente el modo de acomodarse en el mundo. Dice su verdad cuando hay que decir-la, sin jactancia, pero con firme sinceridad. Y la dice una vez que ha llegado a descubrirla, con sus propias manos. Fué un día a la India y se decidió a contemplarla prescindiendo de la costra de literatura que la recubre. La escarmenó. Hizo una discriminación serena y concienzuda de los valores espirituales verdaderos y las supercherías espectaculares del fakirismo de feria. Y tuvo el coraje de resumir sus conclusiones en un libro. Es su procedimiento: de igual manera desnuda una teoría social o analiza un discurso político. Sólo le interesa ser justo y leal con su conciencia. Esta actitud le ha costado muchos malos ratos. Ha sentido proyectarse sobre su bienestar, a veces con rudeza, las consecuencias de la incomprensión y la hostilidad de los que no se avienen con su sentir. Y con una sonrisa filo-

sófica y superior se ha apresurado a aprovechar estos mismos fenómenos como asunto de nuevas experiencias. Hombres de estas hechuras espirituales suelen ser desagradables, pero son de fiar. Por eso es un descanso encontrar sobre la negrura de las ropas eclesiástica la faz varonil y apolínea de este presbítero cuyos ojos miran siempre de frente, serena y curiosamente abiertos ante el espectáculo de la vida».

Alfonso Bulnes cree que en el señor Vicuña hay un romántico por atavismo y que la mitad de esa necesidad de viajar, confesada en sus libros, se debe a este espíritu, cronológicamente anterior al de viajero. «Quien recorre, dice, nuestra corta historia de vida independiente encontrará a lo largo de sus escasos años en cada momento algún Vicuña destacándose en el escenario espiritual, y si bien observa, encontrará que es el mismo que vuelve con la apostura de 1830. Llamáronse don Pedro Félix, don Benjamín, don Claudio y don Angel Custodio, orador eminente, escritor y diplomático, padre de don Alejandro Vicuña, del que el sacerdote ha heredado mucho de su temperamento así como de sus condiciones apasionadas y brillantes. Grandes señores, paladines de ideales, generosos, enfáticos, algo engolados, revolucionarios en cuanto podía levantarse una barricada, cultivadores de la forma, oradores y no conformistas. Si escribían, acarreaban suntuosas imágenes de la propia cantera que trabajó Víctor Hugo; si actuaban, estaban en el Parlamento o en los comicios populares encendiendo fervores con arrestos de Lamartine. Hombres de tradición, hombres de orgullos familiares, hombres lastimados por los codazos inevitables en la brega diaria, hombres siempre mutilados, románticos. al fin.»

En los albores de su carrera intelectual publicó una Vida del Excmo. señor Manuel Vicuña Larraín, primer arzobispo de Santiago, obra premiada por la Universidad de Chile y anuncio de las biografías a que hoy está especialmente dedicado.

Tampoco le han sido extrañas las disciplinas jurídicas. De

esta índole tiene: «La Propiedad» en cuyo ensayo da a conocer el criterio de función social que la Iglesia ha tenido de la propiedad. Otro trabajo de carácter jurídico es el «Origen de la guerra europea».

\* \* \*

Como ha podido verse en la indicación de las obras de la primera etapa, tanto como el número de sus trabajos maravilla la gran variedad de los temas que en ellos aborda. El señor Vicuña se siente a sus anchas en los más diversos terrenos. En las biografías humanizadas vamos a ver diversidad de personajes, pero todos analizados desde un mismo punto de vista, el sentido de vida humana que actuó en ellos. De aquí que la heterogeneidad de monografías a primera vista irreconciliable sea en el fondo sólo aparente. Es interesante conocer el origen de las biografías humanizadas. Alejandro Vicuña siente la necesidad permanente de vivir en momentos y lugares distintos de los actuales. El lo dice en el prólogo de Savonarola. La Comisión de Control de Cambios Internacionales le impidió llenar esa necesidad por la imposibilidad de obtener monedas extranjeras a precios accesibles. Resolvió, entonces, despuntar el vicio como él dice, viajando a través del tiempo en busca de impresiones nuevas y objetos de análisis. Arrellanado en su Diacronódromo, modernísimo aparato para trasladarse en las regiones del tiempo, aterrizó, primero en Roma, en los días azarosos en que agonizaba la República, y surgió Cicerón, en cuyo estudio establece el autor dos hipótesis arriesgadas y no siempre efectivas, para interpretar los acontecimientos y descubrir el secreto del éxito. La primera hipótesis establece que el hombre de verdadero talento no puede poseer un gran carácter, o sea, el desarrollo excesivo de la inteligencia paraliza hasta cierto punto el desarrollo de la voluntad. El primer desmentido de esta hipótesis es el propio autor en el que están hermanados el carácter y la inte-

ligencia. La segunda hipótesis dice que los hombres de inteligencia superior no llegan ordinariamente a las cumbres del poderío político ni son afortunados conductores de masas.

Siguiendo su ruta investigadora, el Diacronódromo se dirige a Florencia de la segunda mitad del siglo XV, y encuentra al más original de sus personajes: Fray Jerónimo de Savonarola, quien, dice el autor, confirma la hipótesis anteriormente formulada respecto a la proporción inversa en que coexisten en los individuos el talento y el carácter. En orden cronológico, después de Cicerón y Savonarola, continúan: *El Señor de Ginebra* (San Francisco de Sales); *Crisóstomo*; *El Monje político*; *San Bernardo*; *Horacio*; *Cicerones*; *Juvenal* y últimamente, *Inés de Suárez*. Desde 1933, año tras año, ha dado a la publicidad una monografía. Su autor las ha llamado «Biografías humanizadas». Especificando más el concepto, creemos que bien podría llamárselas biografías actualizadas.

¿Qué son las biografías humanizadas? Son estudios de personajes históricos, de distintas épocas, elegidos de la hagiografía, de la política extranjera y de la literatura clásica romana. Sólo la última tiene atingencia nacional. El objeto de estas biografías y la elección de personajes de temperamentos tan opuestos, han sido explicados por el señor Vicuña. «La curiosidad de muchos lectores, dice en el prólogo de *El Señor de Ginebra*, algunos de ellos amigos míos, se ha empeñado en descubrir el motivo determinante en la elección de los personajes analizados hasta el presente. La heterogeneidad de temperamento de mis héroes aviva esa curiosidad, haciendo más indecifrabable aun la clave de mi elección. Trataré de satisfacer esa preocupación de mis lectores. Amo la variedad y el contraste dentro de lo superior e interesante, y nadie desconocerá que mis personajes satisfacen ampliamente esa exigencia espiritual. Son figuras totalmente diversas y cada una de ellas atrae con interés indiscutible. Pero, hay otra razón de mis preferencias. Creo útil presentar algunas verdades a la actual generación política

y social, y ningún medio más adecuado para hacerlo, dada la intemperancia ideológica reinante, que ofrecer, escuetas, las lecciones del pasado en épocas semejantes a la que vivimos. Así desaparece el riesgo para el moralista, y asumen la responsabilidad los acontecimientos descritos y el personaje humanizado en la biografía».

Por lo tanto, resumiendo lo dicho por el autor, una razón individual explica la diversidad de personajes biografiados, y una razón de interés colectivo explica el objeto de esas biografías. Para decir esas verdades anheladas, el señor Vicuña escogió la biografía, género literario en boga en Francia, Inglaterra y Alemania y que se adapta a la idiosincrasia de la generación actual, que quiere instruirse homeopáticamente y sin gran esfuerzo. Estudia en el prólogo de *El Monje político* los diversos tipos conocidos de biografías, y señala el preferido para sus libros.

No le interesa la biografía tradicional o de corte clásico, que se confunde casi con la apología, porque tiene por objeto principal la glorificación del personaje, ocultando los defectos o debilidades del panegerizado. El autor reconoce que su primera biografía, a que antes se hizo mención, y cuyo personaje fué don Manuel Vicuña, pertenece a este tipo biográfico y con franqueza lo llama «libro adocenado».

Tampoco simpatiza con las biografías noveladas, mezcla de historia y romance, producto híbrido, dice, que ordinariamente no satisface las exigencias de la historia ni despierta el interés o emoción de las novelas. En cambio, opta por la biografía psico-histórica, en la que ubica a todas sus monografías. Nada de apologías o alabanzas incondicionales del personaje: sólo la verdad escueta que brota de sus actuaciones y escritos, analizados posiblemente dentro de cierta simpatía por el héroe, pero controlada siempre por el más absoluto respeto de la historia.

El disimulo de los defectos o exageración de las cualida-

des privan a las biografías de su honradez y a sus lectores de la satisfacción confortable de sentirse hermanos de esos hombres superiores, hechos inaccesibles a nuestra camaradería por la rigidez y contornos estatuarios de que los revisten sus biógrafos aduladores. Es ese sentido humano de que habla el autor el que da a las biografías un mérito sólido e incuestionable y un interés permanente, el que las pone a tono con la orientación moderna que se está dando en todos los países a las obras de cultura humanística y el que introduce una innovación magnífica en las obras de nuestra literatura nacional. Si a la estricta verdad histórica se añade la interpretación psíquica del personaje enmarcado en la época en que vivió, se obtendrá de él una visión más completa, descubriendo el origen de sus acciones y reacciones. Del alcance de este criterio psichistórico de biografía, explicado por el mismo señor Vicuña, se han expresado: la revista ATENEA diciendo: «Con sus biografías va acumulando una obra de interés histórico. No la historia de ejercicio erudito, de grave pesadez, cifrada en serie de datos, sino la historia viva con substancia de pasión humana. Sus biografías no son de aquellas antiguas y pesadas biografías de hombres célebres, ni de las nuevas biografías al estilo de Emil Ludwig, André Maurois o Stephan Sweig que hace revivir personajes y épocas históricas enteras con imprevisto relieve y deslumbradora luz. Si le falta lo que a ellos les sobra, la imaginación o la fantasía, en Vicuña hay, en cambio, muchos valores que compensan tales ausencias.

Domingo Melfi con ocasión de la monografía de Juvenal, dijo: «Se ha consagrado a estudiar en 10 o más volúmenes figuras señeras de la antigüedad romana o del renacimiento italiano. Vicuña estudia con pasión a sus personajes y los coloca en su propia salsa, o sea, en el medio en que vivieron. Concede poca importancia a la prosa, porque está preocupado de perseguir la ondulación del personaje, sus altos y bajos, sus reacciones y sentimientos. No deja pasar ninguna lección sin aplicarla

al presente. Laborioso infatigable, ha dado a conocer en una serie de biografías de personajes históricos sobre los cuales si existe una extensa bibliografía no se encuentran todos a la mano».

«La curiosidad de Alejandro Vicuña, dice Alfonso Bulnes, por los tipos humanos del pasado, se ha mostrado incansable y ávida. La serie ya larga de biografías publicadas por él no acusa el apetito de erudición frecuente en la literatura histórica. Su curiosidad es más bien una necesidad de convivir, de juzgar, de apostrofar y siempre de ejemplarizar a los contemporáneos con lecciones de difuntos».

El señor Vicuña estudia tres santos, tres clásicos romanos, un reformador y vidente, un estadista y últimamente Inés de Suárez, paréntesis en homenaje a la fecha centenaria de Santiago. Los santos son estudiados en su aspecto humano, despojados de la aureola de santidad. No se considera en las biografías hagiográficas la obra de la gracia sobrenatural que perfecciona y santifica la naturaleza humana. El autor quiso presentar a los hombres, ejemplares hermanos a pesar del plano excelso en que los colocó la santidad. No son, pues, estudios ascéticos (1). No es la lírica de Horacio ni la sátira de Juvenal, desde el punto de vista literario, lo que estudian las biografías respectivas: ni se preocupan del puesto que ocupan en la historia Savonarola, Cisneros e Inés de Suárez, las obras restantes. Todos los personajes son semblanzas humanas con mucho espíritu de la obra «El conocimiento del hombre» de Adler. Corroboran el pensamiento de las biografías hagiográficas las propias palabras del autor, las que tienen el atractivo de la originalidad y el encanto de la franqueza «Amigo Juan, dice el señor Vicuña en el prólogo de *San Juan Crisóstomo*: seis

---

(1) Es corriente en los estudios de personajes, sobre todo universales, que suele desaparecer el hombre, que es lo que más interesa, y se presenta sólo al personaje y su celebridad. Cuando se trata de santos es útil hacer conocer que no nacieron predestinados a la santidad, sino que la amasaron sublimando el elemento humano

meses de compañía y trato continuo me autorizan para suprimirte el san y el apellido Crisóstomo (Boca de oro) con que te aclamaron las multitudes enloquecidas por tu palabra. Creo que no te molestará este rasgo de confianza de mi parte, pues, fuiste siempre de espíritu sencillo y ajeno a las bambollas y protocolos; y pienso igualmente que no escandalizará a tus devotos, pues si brillas como santo en el cielo de la Iglesia Católica, como hombre brillas también en el cielo de la humanidad y de la historia. A decir verdad, yo he intimado contigo más como hombre que como santo. Reclamo el derecho de presentar a los santos en el terreno de la realidad, con sus virtudes y defectos, creyendo así no contrariar en lo más mínimo el juicio de la Iglesia sobre ellos que yo respeto y acato». Igual punto de vista adopta para los personajes profanos. Dice en el prólogo de Horacio: ¿qué interés puede tener la vida de hombre semejante para recordarla a dos mil años de distancia? Horacio, agrega, es un tipo humano, profundamente humano, y es fiel exponente de todas las grandezas y miserias de una época.

(Continuará)